

La URSS en guerra
León Trotsky
25 de septiembre de 1939

(Tomado de León Trotsky, *En defensa del marxismo*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1977, páginas 23-43; también para las notas.)

El pacto germano-soviético y la naturaleza de la URSS	1
¿Las divergencias son políticas o terminológicas?	2
Examinémonos una vez más	3
¿Es un desarrollo canceroso o un nuevo órgano?	3
La pronta degeneración de la burocracia	4
Las condiciones para la omnipotencia y la caída de la burocracia.....	4
¿Y si la revolución socialista no se realiza?	5
La actual guerra y el destino de la sociedad moderna.....	5
La teoría del “colectivismo burocrático”	6
El proletariado y su dirección.....	8
La dictadura totalitaria: una situación de crisis aguda y no un régimen estable	9
La orientación hacia la revolución mundial y la regeneración de la URSS.....	10
La política exterior es la continuación de la política interior	11
La defensa de la URSS y la lucha de clases	11
La cuestión de los territorios ocupados.....	12
Nosotros no cambiamos nuestra orientación.....	13
Conclusiones.....	14

El pacto germano-soviético y la naturaleza de la URSS

¿Es posible, tras la conclusión del pacto germano-soviético, considerar a la URSS como un estado obrero? El futuro del estado soviético ha suscitado una y otra vez la discusión entre nosotros. No es extraño; tenemos ante nosotros la primera experiencia de un estado obrero en la historia. Este fenómeno, nunca ni en ningún sitio, ha estado antes disponible para su análisis. Ante el problema del carácter social de la URSS, los errores provienen habitualmente, como habíamos anticipado, de sustituir el hecho histórico por la norma programática. El hecho concreto se desvincula de la norma. Esto no significa, sin embargo, que haya invalidado la norma; por el contrario, la ha reafirmado, desde el punto de vista negativo. La degeneración del primer estado obrero, investigada y explicada por nosotros, no hace sino mostrar más gráficamente lo que debe ser un estado obrero, lo que podría y debería ser bajo determinadas condiciones históricas. La contradicción entre el hecho concreto y la norma no nos lleva a rechazar la norma, sino, por el contrario, a luchar por ella a través de una vía revolucionaria. El programa de la

cercana revolución en la URSS está determinado de un lado por nuestra apreciación de la URSS como un *hecho* histórico objetivo, y, de otro lado, por la *norma* que define un estado obrero. No decimos: “Todo está perdido, debemos empezar de nuevo” Claramente indicamos aquellos elementos del estado obrero que pueden, en el estadio actual ser preservados, mantenidos y ulteriormente desarrollados.

Aquellos que hoy se esfuerzan por demostrar que el pacto germano-soviético modifica nuestra apreciación del estado soviético se colocan, sustancialmente, en las mismas posiciones que el Comintern –o, por decirlo más exactamente, en las posiciones que ayer tenía el Comintern. De acuerdo con esta lógica, la misión histórica del estado obrero es la lucha por la democracia imperialista. La “traición” a las democracias en favor del fascismo priva entonces a la URSS de ser considerada como un estado obrero. De hecho, la firma del tratado con Hitler sólo proporciona un elemento más con el cual medir el grado de degeneración de la burocracia soviética su desprecio por la clase obrera internacional incluyendo al Comintern, pero no suministra ninguna base para revisar la apreciación sociológica de la URSS.

¿Las divergencias son políticas o terminológicas?

Empecemos por plantear el problema de la naturaleza del estado soviético, no sobre un nivel sociológico-abstracto, sino en plano de las tareas políticas concretas. Admitamos por un momento que la burocracia es una nueva “clase” y que el actual régimen en la URSS es un sistema especial de explotación de clase. ¿Qué nuevas conclusiones políticas se desprenden para nosotros de estas definiciones? La Cuarta Internacional reconoció hace tiempo la necesidad de derrocar a la burocracia por medio de una insurrección revolucionaria de los trabajadores. Ninguna otra cosa es ni puede ser propuesta por aquellos que proclaman que la burocracia es una “clase” explotadora. El objetivo que el derrocamiento de la burocracia debe permitir alcanzar es el restablecimiento del gobierno de los sóviets, expulsando de ellos a la actual burocracia. Nada diferente puede ser propuesto o es propuesto por los críticos de izquierda¹. Es la tarea de los sóviets regenerados el colaborar con la revolución mundial y la construcción de una sociedad socialista. El derrocamiento de la burocracia presupone, por lo tanto, la preservación de la propiedad del estado y de la economía planificada. En esto se encuentra el meollo de todo el problema.

Es evidente que el reparto de las fuerzas productivas en las diferentes ramas de la economía y, de forma general, todo el contenido del plan, cambiarán drásticamente cuando este plan esté determinado no por los intereses de la burocracia, sino por los mismos productores. Pero en la medida en que el problema del derrocamiento de la oligarquía parasitaria sigue estando unido al mantenimiento de la propiedad nacionalizada (de estado) definimos la próxima revolución como revolución *política*. A los de nuestros críticos (Ciliga², Bruno y otros) quieren, sea como sea, definirla como revolución *social*. Aceptemos esta definición. ¿Qué cambia esto en esencia? A las tareas de la revolución que nosotros hemos enumerado no añade absolutamente nada.

Nuestros críticos, como norma, aceptan los hechos tal y como los hemos establecido nosotros desde hace tiempo. No añaden absolutamente nada esencial a la apreciación, sea sobre la situación de la burocracia y los trabajadores, sea sobre el papel del Kremlin en el campo internacional. En todos estos terrenos, no sólo no discuten

¹ Recordamos que algunos de los camaradas que se inclinan a considerar a la burocracia como una nueva clase se oponen a la vez, resueltamente, a la exclusión de la burocracia de los sóviets. (Nota de autor.)

² Anton Ciliga: *Dix ans derriere le rideau de fer. Vol. I, Au pays du mensonge déconcertant. Vol. II, Sibérie.* Les Iles d’Or, París, 1938. (Nota de editor.)

nuestro análisis, sino que se basan completamente sobre él e incluso se limitan a él totalmente. La única acusación que dirigen contra nosotros es que no sacamos las “conclusiones” necesarias. Una vez examinadas, sin embargo, parece que estas conclusiones tienen un puro carácter terminológico. Nuestros críticos se niegan a llamar estado obrero al estado obrero degenerado. Exigen que la burocracia totalitaria sea denominada clase dirigente. La revolución contra esta burocracia proponen considerarla social y no política. Si les hiciéramos estas concesiones terminológicas, colocaríamos a nuestros críticos en una situación extremadamente difícil puesto que no sabrían ni qué hacer con su victoria puramente verbal.

Examinémonos una vez más

Sería, por lo tanto, un absurdo monstruoso romper con camaradas que sobre el problema de la naturaleza social de la URSS tienen una opinión diferente de la nuestra, en la medida en que se solidarizan con nosotros en cuanto a las tareas políticas. Pero, por otro lado, sería ceguera por nuestra parte el ignorar divergencias puramente teóricas, e incluso terminológicas, puesto que en el curso de nuevos desarrollos pueden tomar cuerpo y sangre y llevar a conclusiones políticas diametralmente opuestas. Así como un ama de casa cuidadosa nunca deja acumularse telarañas y basura, tampoco un partido revolucionario puede tolerar la falta de claridad, la confusión y los equívocos. ¡Nuestra casa debe conservarse limpia!

Recordaré, para ilustrar esta idea, el problema del Thermidor. Afirmamos durante mucho tiempo que el Thermidor en la URSS no hacía más que prepararse, pero que no se había consumado. Más tarde, analizando la analogía con el Thermidor³ con un carácter más preciso y reflexivo, llegamos a la conclusión de que el Thermidor se había dado hacía ya tiempo. Esta rectificación abierta de nuestro propio error no suscitó en nuestras filas la más mínima conmoción. ¿Por qué? Porque la *esencia* de los procesos en la Unión Soviética había sido comprendida de manera idéntica por todos nosotros, pues juntos habíamos estudiado día a día el auge de la reacción. Para nosotros no se trataba más que de precisar una analogía histórica, nada más. Espero que hoy todavía, a pesar del intento de algunos camaradas de ocultar las divergencias sobre el problema de la “defensa de la URSS” (tema que ahora trataremos), llegaremos a conservar nuestra unanimidad sobre las bases del programa de la Cuarta Internacional, simplemente precisando más nuestras ideas.

¿Es un desarrollo canceroso o un nuevo órgano?

Nuestros críticos han argumentado más de una vez que la actual burocracia soviética se parece muy poco a la burocracia burguesa u obrera de la sociedad capitalista; y que en mucho mayor grado que la burocracia fascista representa una formación social nueva y mucho más poderosa. Esto es totalmente correcto y nosotros nunca hemos cerrado los ojos a esto. Pero si consideramos a la burocracia como una “clase”, entonces estamos obligados a afirmar también que esta clase no se parece en nada a ninguna de las clases poseedoras que hemos conocido en el pasado; el resultado no es muy grande, por lo tanto. Calificamos frecuentemente a la burocracia soviética como casta, subrayando con ello su carácter cerrado, su gobierno arbitrario y la soberbia de la capa dirigente, que considera que sus progenitores descienden de los divinos labios de Brahma mientras que

³ Recordamos que la analogía la establece Trotsky con el golpe de estado del 9 de Thermidor (27 de julio de 1794), en el que fue derribada la dictadura plebeya de Robespierre, pasando a ejercer el poder, de forma directa, la burguesía. (Nota del editor)

las masas populares provienen de las partes más viles de su anatomía. Pero tampoco esta definición tiene, por supuesto, un carácter estrictamente científico. Su ventaja relativa reside en que el carácter provisional de este término queda claro para todos, en la medida en que a nadie se le ocurre asimilar la oligarquía de Moscú a la casta hindú de los brahmanes. La antigua terminología sociológica no preparó, ni podía haber preparado un nombre para un nuevo fenómeno social que está en proceso de evolución (degeneración) y que no ha tomado formas estables. Sin embargo, seguimos todos calificando a la burocracia soviética de burocracia, sin olvidar sus particularidades históricas. Por el momento, desde nuestro punto de vista, esto es suficiente.

Científica y políticamente (y no sólo terminológicamente) el problema se plantea así: ¿representa la burocracia un desarrollo temporal en el organismo social, o se ha transformado ya este desarrollo en un órgano históricamente indispensable? Las excrescencias sociales pueden ser producto de una combinación “accidental” (es decir, temporal y excepcional) de circunstancias históricas. Un órgano social (y toda clase lo es, comprendida una clase explotadora, no puede constituirse más que como resultado de las profundas exigencias internas de la misma producción. Si no respondemos a esta cuestión, toda la discusión degenerará en un estéril juego de palabras.

La pronta degeneración de la burocracia

La justificación histórica de toda clase gobernante ha consistido siempre en esto: en que el sistema de explotación dirigido por ella ponía a un nivel superior el desarrollo de las fuerzas productivas. Es indudable que el régimen soviético ha dado un poderoso impulso a la economía. Pero el origen de este impulso fue la nacionalización de los medios de producción y los comienzos de la planificación, y de ninguna manera el hecho de que la burocracia usurpase la dirección de la economía. Por el contrario, el burocratismo, como sistema, se ha convertido en el peor de los frenos al desarrollo técnico y cultural del país. El hecho de que la economía soviética se haya ocupado durante dos decenios de trasplantar y asimilar la tecnología y la organización de la producción de los países capitalistas avanzados ha ocultado este hecho durante cierto tiempo. El período de copias e imitaciones aún pudo acomodarse, para bien o para mal, al automatismo burocrático, es decir, a la asfixia del espíritu de iniciativa y creación. Pero cuanto más se desarrollaba la economía y más complejas se hacían sus exigencias, tanto más insoportable se hacía el obstáculo del régimen burocrático. La contradicción siempre creciente entre una y otra lleva a convulsiones políticas incesantes, a la exterminación sistemática de los elementos creadores más eminentes en todos los terrenos de la actividad. Así, antes de exudar de sí misma una “clase dirigente”, la burocracia entró en contradicción irreconciliable con las exigencias del desarrollo. La explicación a esto debe ser buscada precisamente en el hecho de que la burocracia no es la portadora de un nuevo sistema económico propio de ella e imposible sin ella, sino una excrescencia parasitaria en un estado obrero.

Las condiciones para la omnipotencia y la caída de la burocracia

La oligarquía soviética tiene todos los defectos de las viejas clases dirigentes, sin tener su misión histórica. En la degeneración burocrática del estado soviético no son las leyes generales de la sociedad contemporánea, del capitalismo al socialismo, las que encuentran su expresión, sino un reflejo particular, excepcional y temporal de estas leyes en las condiciones de un país revolucionario atrasado con un entorno capitalista. La escasez de los bienes de consumo y la lucha general por su obtención engendra al policía

que se atribuye la función de distribución. La presión hostil ejercida desde el exterior impone al policía el papel de “defensor” del país, le da una autoridad nacional, y le permite así saquear el país doblemente.

Ambas condiciones para la omnipotencia de la burocracia (el retraso del país, y el entorno imperialista) tienen, sin embargo, un carácter temporal y transitorio y debe desaparecer con la victoria de la revolución internacional. Los mismos economistas burgueses han calculado que, con una economía planificada, se podría elevar rápidamente la renta nacional de los Estados Unidos a 200 billones de dólares anuales y garantizar de esta manera a toda la población no sólo la satisfacción de sus necesidades elementales, sino incluso un verdadero bienestar. Por otra parte, la revolución internacional significaría el fin del peligro proveniente del exterior, causa suplementaria de la burocratización. La eliminación de la necesidad de gastar una parte enorme de la renta nacional en armamento aumentaría aún más el nivel de vida y cultural de las masas. En estas condiciones, la necesidad de un policía distribuidor desaparecería por sí misma. La administración, como una cooperativa gigantesca, reemplazaría muy rápidamente el poder estatal. No habría lugar para una nueva clase dirigente ni para un nuevo régimen de explotación situado entre el capitalismo y el socialismo.

¿Y si la revolución socialista no se realiza?

La desintegración del capitalismo, al igual que la desintegración de la vieja clase dirigente, ha alcanzado límites extremos. Es imposible la pervivencia de este sistema. Las fuerzas productivas deben ser organizadas de acuerdo a un plan. Pero ¿quién llevará a cabo esta tarea? ¿El proletariado, o una nueva clase dirigentes de “comisarios” (políticos, administradores y técnicos)? La experiencia histórica demuestra, según la opinión de ciertos pensadores, que no se puede tener esperanza en el proletariado. El proletariado se ha mostrado “incapaz” de impedir la última guerra imperialista, a pesar de que las condiciones materiales para la revolución socialista ya existían en aquel momento. Los triunfos del fascismo tras la guerra fueron nuevamente consecuencia de la “incapacidad” del proletariado para sacar a la sociedad capitalista del callejón sin salida. La burocratización del estado soviético fue, a su vez, consecuencia de la “incapacidad” del proletariado mismo para regir la sociedad a través de un mecanismo democrático. La revolución española fue estrangulada por las burocracias fascista y estalinista ante los mismos ojos del proletariado mundial⁴. Finalmente, el último eslabón en esta cadena es la nueva guerra imperialista, cuya preparación ha tenido lugar de manera abierta, con una total impotencia por parte del proletariado mundial. Si esta concepción se acepta, esto es, si se admite que el proletariado no tiene fuerzas para llevar a cabo la revolución socialista, entonces la tarea urgente de estatizar las fuerzas productivas, obviamente, será realizada por otros. ¿Por quién? Por una nueva burocracia que sustituir-a a la burguesía decadente como una nueva clase dirigente a escala mundial. Así es como el problema está empezando a ser planteado por aquellos “izquierdistas” que no se cansan de debatir sobre las palabras.

La actual guerra y el destino de la sociedad moderna

Por la misma evolución de los acontecimientos, este problema se plantea ahora de manera muy concreta. La segunda guerra ha empezado. Ello confirma incontrovertiblemente el hecho de que la sociedad no puede continuar viviendo sobre las

⁴ Ver en estas mismas [Obras Escogidas de León Trotsky \(OELT\)](#): *La revolución estrangulada*.

bases del capitalismo. De este modo somete al proletariado a una nueva y tal vez decisiva prueba.

Si, como creemos firmemente, esta guerra provoca una revolución proletaria, ello llevará inevitablemente al derrocamiento de la burocracia de la URSS y a la regeneración de la democracia soviética sobre unas bases económicas y culturales mucho más altas que en 1918. En este caso, el problema de si la burocracia estalinista era una “clase” o una excrescencia en el estado obrero se resolverá automáticamente. Estará claro para cualquier persona que, en el proceso del desarrollo de la revolución mundial, la burocracia soviética fue sólo una recaída *episódica*.

Si se admite, sin embargo, que la actual guerra provocará no la revolución sino un declive del proletariado, entonces queda otra alternativa: la mayor decadencia del capitalismo monopolista, su mayor fusión con el estado, y la sustitución de la democracia, allí donde todavía exista, por un régimen totalitario. La incapacidad del proletariado para tomar en sus manos la dirección de la sociedad podría llevar actualmente, bajo estas condiciones, al crecimiento de una nueva clase explotadora a partir de la burocracia fascista bonapartista. Esto sería, de acuerdo con todos los indicios, un régimen de decadencia que señalaría el eclipse de la civilización.

Un resultado análogo podría darse en el caso de que el proletariado de los países capitalistas avanzados, habiendo conquistado el poder, se mostrase incapaz de conservarlo y lo abandonase, como en la URSS, a una burocracia privilegiada. Entonces estaríamos obligados a reconocer que la razón de la recaída burocrática está basada en el retraso del país ni en el cerco imperialista, sino en la incapacidad congénita del proletariado de convertirse en clase dirigente. Entonces sería necesario establecer retrospectivamente que, en sus trazos fundamentales, la actual URSS fue la precursora de un nuevo régimen explotador a escala internacional.

Nos hemos apartado mucho de la controversia terminológica sobre la nomenclatura del estado soviético. Pero no dejemos protestar a nuestros críticos; sólo tomando la necesaria perspectiva histórica se puede hacer un juicio correcto sobre un problema como el de la sustitución de un régimen social por otro. La alternativa histórica, llevada hasta su fin, es así: o el régimen de Stalin es una recaída detestable en el proceso de transformación de la sociedad burguesa en una sociedad socialista, o el régimen de Stalin es el primer estadio de una nueva sociedad explotadora. Si la segunda hipótesis se muestra correcta, entonces, por supuesto, la burocracia se convertirá en una nueva clase explotadora. Por costosa que sea la segunda perspectiva, si el proletariado internacional se mostrase realmente incapaz de cumplir la misión que pone sobre él el curso de los acontecimientos, sólo quedaría reconocer que el programa socialista, basado en las contradicciones internas de la sociedad capitalista, acabó siendo una utopía. Es, por sí mismo, evidente que se necesitaría un nuevo programa “mínimo” para la defensa de los intereses de los esclavos de la sociedad burocrática totalitaria.

Pero ¿existen datos objetivos tan incontrovertibles o siquiera tan impresionantes como para obligarnos hoy a renunciar a la perspectiva de la revolución socialista? Esta es la cuestión.

La teoría del “colectivismo burocrático”

Poco después de la subida de Hitler al poder, un “comunista de izquierda” alemán, Hugo Urbahns, llegó a la conclusión de que, en lugar del capitalismo, una nueva era histórica de “capitalismo de estado” era inminente. Los primeros ejemplos de este régimen que señaló fueron Italia, la URSS y Alemania. Urbahns, sin embargo, no sacó las conclusiones políticas de su teoría. Recientemente, un “comunista de izquierda”

italiano, Bruno R., que anteriormente se había adherido a la IV Internacional,⁵ llegó a la conclusión de que el “colectivismo burocrático” iba a sustituir al (Bruno R., *La bureaucratisation du monde*, París, 1939, 350 páginas). La nueva burocracia es una clase, su relación con los trabajadores es la explotación colectiva, los proletarios se han convertido en los esclavos de los explotadores totalitarios.

Bruno R. pone al mismo nivel la economía planificada en la URSS, el fascismo, el nacionalsocialismo y el “New Deal” de Roosevelt. Todos estos regímenes tienen, indudablemente, rasgos comunes, los cuales en último análisis están determinados por las tendencias colectivistas de la economía moderna. Incluso antes de la Revolución de Octubre, Lenin formuló así las principales particularidades del capitalismo imperialista: concentración gigantesca de las fuerzas productivas, creciente grado de fusión del capitalismo monopolista con el estado, y tendencia orgánica hacia la dictadura pura como resultado de esta fusión. Los rasgos de la centralización y la colectivización determinan la política tanto de la revolución como de la contrarrevolución; pero esto no significa de ningún modo que sea posible equiparar la revolución, el Thermidor, el fascismo y el “reformismo” americano. Bruno entendió el hecho de que las tendencias a la colectivización toman la forma de “colectivismo burocrático”, como resultado de la postración política de la clase obrera. El fenómeno en sí mismo es incontestable, pero, ¿dónde están sus límites y cuál es su peso histórico? Lo que nosotros aceptamos como una deformación de un período transitorio, como el resultado del desarrollo desigual de múltiples factores en el proceso social, es considerado por Bruno R. como una formación social independiente en la cual la burocracia es la clase dirigente. Bruno R., en cualquier caso, tiene el mérito de tratar de trasladar el problema del círculo vicioso de los ejercicios terminológicos en cuadernos escolares, al plano de las generalizaciones históricas más importantes. Esto hace más fácil descubrir su error.

Como muchos ultraizquierdistas, Bruno R. identifica en esencia el estalinismo con el fascismo. Por un lado, la burocracia soviética ha adoptado los métodos políticos del fascismo; por otro lado, la burocracia fascista, que sigue ciñéndose a medidas “parciales” de intervención estatal, está dirigiéndose, y va a alcanzarla pronto, hacia la estatificación completa de la economía. La primera afirmación es absolutamente correcta. Pero la afirmación de Bruno de que el “anticapitalismo” fascista sea capaz de llegar a la expropiación de la burguesía es completamente errónea. Las medidas “parciales” de intervención estatal y nacionalización difieren en realidad de la economía planificada de estado tanto como las reformas difieren de la revolución. Mussolini y Hitler están únicamente “coordinando” los intereses de los propietarios y “regulando” la economía capitalista, y, además, principalmente para fines bélicos. La oligarquía del Kremlin es, repitamos, otra cosa: tiene la oportunidad de dirigir la economía como organismo, sólo a causa del hecho de que la clase obrera de Rusia llevó a cabo el mayor vuelco en las relaciones de propiedad de toda la historia. Esta diferencia no puede ser dejada de lado.

Pero incluso si admitimos que el estalinismo y el fascismo, viniendo de polos opuestos, llegará un día a ser el mismo tipo de sociedad explotadora (“colectivismo burocrático” de acuerdo con la terminología de Bruno R.), esto todavía no sacará a la humanidad del callejón sin salida. La crisis del sistema capitalista no sólo está producida por el papel reaccionario de la propiedad privada, sino también por el no menos reaccionario papel del estado nacional. Incluso si los distintos gobiernos fascistas tuvieran éxito en establecer un sistema de economía planificada en su país, entonces, al margen de los (a largo plazo) inevitables movimientos revolucionarios del proletariado, imprevistos

⁵ Según parece, la información de Trotsky es inexacta en este punto. Rizzi había pertenecido al PC italiano, pero no a la Oposición de Izquierda. Así lo indican Naville y Hal Draper en la edición de EDI de *Défense du marxisme*, ed., cit. (Nota de editor.) [De muy próxima edición en nuestras [OELT-EIS](#).]

por cualquier plan, la lucha entre los estados totalitarios para la dominación mundial continuaría e incluso se intensificaría. Las guerras devorarían los frutos de la economía planificada y destruirían las bases de la civilización. Bertrand Russell piensa, es cierto, que algún estado victorioso, como resultado de la guerra, pudiera unificar el mundo entero en una cárcel totalitaria. Pero incluso si esta hipótesis se realizase, lo cual es altamente dudoso, la “unificación” militar no tendría mayor estabilidad que el tratado de Versalles. Los levantamientos nacionales y las pacificaciones culminarían en una nueva guerra mundial, que sería la sepultura de la civilización. No son nuestros deseos subjetivos, sino la realidad objetiva la que indica que el único camino para la humanidad es la revolución socialista mundial. La alternativa a ella es la recaída en la barbarie.

El proletariado y su dirección

Muy pronto deberemos dedicar un artículo separado a la cuestión de la relación entre la clase y su dirección. Debemos limitarnos aquí a lo más indispensable. Sólo “marxistas” vulgares que consideren que la política es un reflejo directo y simple de la economía son capaces de pensar que la dirección refleja a la clase directa y simplemente. En realidad, la dirección, habiéndose elevado por encima de la clase oprimida, sucumbe inevitablemente a la presión de la clase dirigente. La dirección de los sindicatos americanos, por ejemplo, “releja” no tanto al proletariado como a la burguesía. La selección y educación de una verdadera dirección revolucionaria, capaz de resistir la presión de la burguesía, es una tarea extraordinariamente difícil. La dialéctica del proceso histórico se expresó de la manera más brillante en el hecho de que el proletariado del país más atrasado, Rusia, bajo ciertas condiciones históricas, diera lugar a la dirección más sagaz y más valerosa. Por el contrario, el proletariado del país con la más vieja cultura capitalista, Gran Bretaña, tiene, hoy incluso, la dirección más servil y más estúpida.

La crisis de la sociedad capitalista, que tomó un carácter abierto en julio de 1914, produjo una crisis aguda en la dirección proletaria desde el mismo primer día de la guerra. Durante los 25 años que han transcurrido desde entonces, el proletariado de los países capitalistas avanzados no ha creado todavía una dirección que pueda estar a la altura de las tareas de nuestra época. La experiencia de Rusia demuestra, sin embargo, que tal dirección puede ser creada. (Esto no significa, pro supuesto, que sería inmune a la degeneración.) Consecuentemente, la cuestión está planteada como sigue: ¿se abrirá paso en definitiva la necesidad histórica en la conciencia de la vanguardia de la clase obrera? Esto es, ¿en el proceso de esta guerra y las profundas conmociones que debe engendrar se formará una verdadera dirección revolucionaria que sea capaz de dirigir al proletariado a la conquista del poder?

La Cuarta Internacional ha respondido afirmativamente a esta pregunta, no sólo a través del texto de su programa⁶, sino también a través del hecho mismo de su existencia. Todas las distintas variedades de representantes desilusionados y atemorizados del pseudomarxismo actúan *por el contrario* en base al supuesto de que la bancarrota de la dirección sólo “refleja” la incapacidad del proletariado para llevar a cabo su misión revolucionaria. No todos nuestros oponentes expresan este pensamiento claramente, pero todos ellos (ultraizquierdistas, centristas, anarquistas, por no mencionar a los estalinistas y socialdemócratas) descargan sus responsabilidades por las derrotas sobre las espaldas del proletariado. Ninguno de ellos señala bajo qué condiciones precisas el proletariado será capaz de llevar a cabo el vuelco socialista.

⁶ *El Programa de Transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la Cuarta Internacional (y anexos)*, OELT-EIS.

Si admitimos que es verdad que la causa de las derrotas reside en las cualidades sociales del mismo proletariado, entonces la situación de la sociedad moderna deberá ser considerada como desesperada. Bajo las condiciones del capitalismo decadente el proletariado no crece ni numérica ni culturalmente. Por lo tanto, no hay motivos para esperar que en algún momento se coloque a la altura de las tareas revolucionarias. La cuestión se presenta de manera completamente diferente para aquél que se ha clarificado sobre el profundo antagonismo que hay entre la exigencia orgánica, profunda e insalvable de las masas trabajadoras para liberarse del sangriento caos capitalista, y el carácter conservador, patriótico y completamente burgués de la dirección del movimiento obrero, que se sobrevive a sí misma. Debemos elegir entre una de estas dos concepciones irreconciliables.

La dictadura totalitaria: una situación de crisis aguda y no un régimen estable

La Revolución de Octubre no fue un accidente. Había sido prevista desde hacía tiempo. Los acontecimientos confirmaron esta previsión. La degeneración no refuta la previsión, porque los marxistas nunca creyeron que un estado obrero aislado en Rusia pudiera mantenerse indefinidamente. Nosotros esperábamos, es cierto, la destrucción de estado soviético, en vez de su degeneración; para plantearlo más correctamente, no diferenciábamos suficientemente entre estas dos posibilidades. Pero no se contradicen de ninguna manera entre ellas. La degeneración, en un cierto estado, acaba ineluctablemente en la destrucción.

Un régimen totalitario, sea de tipo estalinista o fascista, por su misma esencia sólo puede ser un régimen transitorio, temporal. La dictadura pura, en la historia ha sido generalmente el producto y el signo de una crisis social especialmente seria, y de ninguna manera de un régimen estable. Las crisis agudas no pueden ser una situación permanente de la sociedad. Un estado totalitario es capaz de suprimir las contradicciones sociales durante un cierto período, pero es incapaz de perpetuarse. Las purgas monstruosas en la URSS son el testimonio más convincente del hecho de que la sociedad soviética tiende orgánicamente al rechazo de la burocracia.

Es algo realmente extraño que Bruno R. vea precisamente en las purgas estalinistas la prueba del hecho de que la burocracia se ha convertido en clase dirigente, pues en su opinión sólo una clase dirigente es capaz de tomar medidas de tal amplitud⁷. Olvida, sin embargo, que el zarismo, que no era una “clase”, también se permitió tomar medidas a gran escala en las purgas, y, más aún, precisamente en el período en el que se estaba acercando su condena. Síntoma de la proximidad de su agonía mortal, Stalin, por la extensión y la fraudulencia monstruosa de sus purgas, no atestigua otra cosa más que la incapacidad de la burocracia para transformarse en una clase dirigente estable. ¿No nos situaremos en una posición ridícula si, justo algunos años antes o algunos meses antes de su caída deshonorosa, damos a la oligarquía bonapartista la denominación de nueva clase

⁷ Ciertamente, en la última sección de su libro, que consiste en contradicciones fantásticas, Bruno R. refuta bastante consciente y articuladamente su propia teoría del “colectivismo burocrático” expuesta en la primera sección del libro, y declara que el estalinismo, el fascismo y el nazismo son formaciones parasitarias y transitorias, castigos históricos por la impotencia del proletariado. En otras palabras, tras haber sometido los puntos de vista de la Cuarta Internacional al más duro tipo de críticas, Bruno R. vuelve deliberadamente a estos puntos de vista, pero sólo para emprender otra serie de errores. No vemos razones para seguir los pasos de un escritor que obviamente ha perdido el equilibrio. Nos interesan aquellos de sus argumentos por medio de los cuales trata de demostrar que la burocracia es una clase. (Nota de autor.)

dirigente? Plantear esta cuestión claramente, en nuestra opinión, alejará a los camaradas de los experimentos terminológicos y de las generalizaciones demasiado ligeras.

La orientación hacia la revolución mundial y la regeneración de la URSS

Se ha demostrado que un cuarto de siglo es un espacio de tiempo demasiado corto para el rearme revolucionario de la vanguardia proletaria mundial, un período demasiado largo para mantener el sistema soviético intacto y asilado en un país atrasado. La humanidad está pagando ahora por ello con una nueva guerra imperialista; pero la tarea básica de nuestra época no ha cambiado por la simple razón de que no haya sido resuelta. Una conquista colosal en el último cuarto de siglo y una inapreciable muestra para el futuro, lo constituye el hecho de que uno de los destacamentos del proletariado mundial fuera capaz de demostrar en la acción cómo debe ser resuelta esta tarea.

La segunda guerra imperialista plantea esta tarea, no resuelta, a un nivel histórico mucho más alto. Pone a prueba, de nuevo, no sólo la estabilidad de los regímenes existentes, sino también la capacidad del proletariado de sustituirlos. El resultado de esta prueba tendrá indudablemente una significación decisiva para nuestra valoración de la época contemporánea, como época de la revolución proletaria. Si, contrariamente a todas las probabilidades, la Revolución de Octubre no encuentra, en el curso de la presente guerra, o inmediatamente después, su continuación en alguno de los países avanzados; y si, por el contrario, el proletariado es arrollado en todos los frentes, entonces deberemos, sin duda, plantear el problema de revisar nuestra concepción de la época presente y sus fuerzas motrices. En este caso se trataría, no de pegar una etiqueta sobre la URSS o la banda de Stalin, sino de reconsiderar la perspectiva histórica mundial para las próximas décadas, sino siglos: ¿hemos entrado en la época de la revolución social y la sociedad socialista, o por el contrario en la época de la decadente sociedad de la burocracia totalitaria?

El doble error de los esquemáticos como Hugo Urbahns y Bruno R. consiste, primero, en que proclaman que este régimen ha sido ya finalmente instaurado; y segundo, en que lo definen como un estado transitorio prolongado de la sociedad entre el capitalismo y el socialismo. Es ya absolutamente evidente que si el proletariado internacional, como resultado de la experiencia de toda nuestra época y la actual nueva guerra, se muestra incapaz de convertirse en el dueño de la sociedad, eso significaría la pérdida de toda esperanza para la revolución socialista, puesto que es imposible esperar otras condiciones más favorables para ello; en cualquier caso, nadie lo predice o es capaz de caracterizarlo, ahora. Los marxistas no tienen el menor derecho (sil a desilusión y el cansancio no son considerado “derechos”) de sacar la conclusión de que el proletariado ha perdido sus posibilidades revolucionarias debe renunciar a todas las aspiraciones de hegemonía en la era inmediatamente próxima. Veinticinco años en la escala de la historia, cuando se trata de profundos cambios en los sistemas económico y cultural, pesan menos que una hora en la vida de un hombre. ¿En qué medida un individuo es justo, cuando a causa de fracasos empíricos a lo largo de una hora o un día, renuncia al objetivo que se había marcado en base a la experiencia y análisis de toda su vida anterior? En los años de la más negra reacción rusa (1907 a 1917) tomábamos como nuestro punto de partida aquellas posibilidades revolucionarias que el proletariado ruso había revelado en 1905. En los años de la reacción mundial debemos partir de las posibilidades que el proletariado ruso reveló en 1917. La Cuarta Internacional no se llama Partido Mundial de la Revolución Socialista por casualidad. Nuestro camino es invariable. Orientamos nuestro

curso hacia la Revolución Mundial, y en virtud de este mismo hecho, hacia la regeneración de la URSS como estado obrero.

La política exterior es la continuación de la política interior

¿Qué defendemos en la URSS? No aquello en lo que se parece a los países capitalistas, sino precisamente aquello en lo que se diferencia de ellos. En Alemania también propugnamos una insurrección contra la burocracia dirigente, pero sólo para derrocar inmediatamente la propiedad capitalista. En la URSS el derrocamiento de la burocracia es indispensable para la preservación de la propiedad estatal. Sólo en este sentido estamos por la defensa de la URSS.

No hay nadie entre nosotros que dude de que los obreros soviéticos deban defender la propiedad estatal, no sólo contra el parasitismo de la burocracia, sino también contra las tendencias restauracionistas de la propiedad privada, de parte, por ejemplo, de la aristocracia koljosiana. Pero, después de todo, la política exterior es la continuación de la política interior. Si en la política interior ligamos la defensa de las conquistas de la Revolución de Octubre con la lucha irreconciliable contra la burocracia, debemos hacer también lo mismo en la política exterior. Sin duda, Bruno R., de acuerdo al hecho de que el “colectivismo burocrático” ha salido victorioso en todos los frentes, nos asegura que nadie amenaza la propiedad estatal, porque Hitler (¿y Chamberlain?) está tan interesado como Stalin en mantenerla (ya veis). Las afirmaciones de Bruno R., es triste decirlo, son frívolas. En caso de victoria, Hitler empezaría, con toda seguridad, por reclamar la devolución a los capitalistas alemanes de todas las propiedades que les fueron expropiadas; después, aseguraría la misma restauración de propiedad a los ingleses, franceses y belgas, a la vez que llegaría a un acuerdo con ellos a expensas de la URSS; por último, haría de Alemania el principal contratista de las más importantes empresas estatales de la URSS en interés de la máquina militar alemana. Ahora Hitler es el aliado y amigo de Stalin; pero si Hitler, con la ayuda de Stalin, sale victorioso en el frente del Oeste, a la mañana siguiente volverá sus cañones contra la URSS. Por último, también Chamberlain, en circunstancias similares, actuaría igual que Hitler.

La defensa de la URSS y la lucha de clases

Los errores sobre el problema de la defensa de la URSS se desprenden muy frecuentemente de una comprensión incorrecta de los métodos de “defensa”: Defensa de la URSS no significa en ningún modo acercamiento a la burocracia del Kremlin, la aceptación de su política, o una conciliación con la política de sus aliados. En esta cuestión, como en todas las otras, permanecemos completamente en el terreno de la lucha de clases internacional.

En el diminuto periódico francés *Que faire?*, recientemente se decía que al igual que los “trotskistas” son derrotistas respecto de Francia e Inglaterra, ellos también son derrotistas respecto de la URSS. En otras palabras: si queréis defender la URSS, dejad de ser derrotistas en relación a sus aliados imperialistas. *Que faire?* pensó que las “democracias” serían los aliados de la URSS. Lo que dirían ahora estos sabios no lo sabemos. Pero esto difícilmente puede ser importante, puesto que su método está podrido. El renunciar al derrotismo respecto del campo imperialista al cual la URSS se adhiere hoy, o tal vez se adhiere mañana, es empujar a los obreros del campo enemigo al lado de su gobierno; significa renunciar al derrotismo en general. La renuncia al derrotismo bajo las condiciones de una guerra imperialista, que es equivalente al rechazo de la revolución

socialista (rechazo de la revolución en nombre de la “defensa de la URSS”), sentenciaría a la URSS a la descomposición final y a la ruina.

“Defensa de la URSS”, como lo interpreta el Comintern, al igual que la “lucha contra el fascismo” de ayer, está basada en la renuncia a la política de independencia de clase. El proletariado es transformado (por distintas razones en circunstancias variadas, pero siempre e invariablemente) en fuerza auxiliar de un campo burgués contra otro. En contraste a esto, algunos de nuestros camaradas dicen: en la medida en que no queremos convertirnos en instrumentos de Stalin y sus aliados, renunciemos, por tanto, a defender a la URSS. Pero con ello sólo demuestran que su comprensión de “defensa” coincide esencialmente con la comprensión de los oportunistas; no piensan en términos de política independiente del proletariado. Como cuestión de hecho defendemos la URSS como defendemos las colonias, como resolvemos todos nuestros problemas, no apoyando a algunos gobiernos imperialistas contra otros, sino con el método de la lucha de clases internacional, tanto en las colonias como en los centros metropolitanos.

No somos un partido gubernamental; somos el partido de la oposición irreconciliable, no sólo en los países capitalistas, sino también en la URSS. Nuestras tareas, entre ellas la “defensa de la URSS”, las llevamos a cabo no a través de los gobiernos burgueses, ni tan siquiera del gobierno de la URSS, sino exclusivamente a través de la educación de las masas a través de la agitación, explicando a los obreros qué deben defender y qué deben derrocar. Tal “defensa” no puede dar resultados inmediatos milagrosos. Pero pretendemos ser hacedores de milagros. Tal y como las cosas están ahora, somos una minoría revolucionaria. Nuestro trabajo debe orientarse de forma que los obreros en los que tenemos influencia puedan apreciar correctamente los acontecimientos, no sean cogidos de improviso y preparen el sentimiento general de su propia clase para la solución revolucionaria de las tareas que confrontamos.

La defensa de la URSS coincide para nosotros con la preparación de la revolución mundial. Sólo aquellos métodos que no entren en conflicto con los intereses de la revolución son admisibles. La defensa de la URSS está ligada a la revolución socialista mundial, como una tarea táctica está ligada a una estrategia. Una táctica está subordinada a un fin estratégico y en ningún caso puede estar en contradicción con este último.

La cuestión de los territorios ocupados

Mientras escribo estas líneas, la cuestión de los territorios ocupados por el Ejército Rojo permanece aún oscura. Los despachos telegráficos se contradicen uno a otro en la medida en que ambas partes mienten mucho; pero las actuales relaciones en el campo de batalla son sin duda extremadamente agitadas. La mayor parte de los territorios ocupados serán indudablemente parte de la URSS. ¿En qué forma?

Vamos a admitir por un momento que, de acuerdo al tratado con Hitler, el gobierno de Moscú deje intactos los derechos de propiedad privada en las zonas ocupadas y se limite a “controlar” según el modelo fascista. Tal concesión tendría un carácter profundamente principista y podría ser el punto de partida para un nuevo capítulo en la historia del régimen soviético; y consecuentemente, un punto de partida para una nueva valoración de la naturaleza del estado soviético por nuestra parte.

Es más probable, sin embargo, que en los territorios que han sido programados para formar parte de la URSS, el gobierno de Moscú actúe expropiando a los grandes terratenientes y estatificando los medios de producción. Esta variante es más probable, no porque la burocracia siga siendo fiel al programa socialista, sino porque no desea, ni es capaz de tomar el poder, y los privilegios que conlleva, con la vieja clase dirigente en los territorios ocupados. Aquí se impone una analogía literal. El primer Bonaparte detuvo

la revolución por medio de una dictadura militar. Sin embargo, cuando las tropas francesas invadieron Polonia, Napoleón firmó un decreto: “La servidumbre queda abolida”. Esta medida fue adoptada, no por las simpatías de Napoleón hacia los campesinos, ni por principios democráticos, sino más bien por el hecho de que la dictadura bonapartista se basaba en relaciones de propiedad burguesas, y no feudales. En la medida en que la dictadura bonapartista de Stalin se basa en la propiedad estatal y no en la privada, la invasión de Polonia por el Ejército Rojo llevará, por la naturaleza del hecho, a la abolición de la propiedad privada capitalista, así como hará concordar el régimen de los territorios ocupados con el régimen de la URSS.

Esta medida, de carácter revolucionario (“la expropiación de los expropiadores”), es llevada a cabo en este caso de manera burocrático-militar. El llamamiento a la acción independiente de las masas en los nuevos territorios (y sin tal llamamiento, incluso formulado con extrema prudencia, es imposible constituir un nuevo régimen) sería indudablemente aplastado al día siguiente por despiadadas medidas policíacas, en orden a asegurar la preponderancia de la burocracia sobre las masas revolucionarias vigilantes. Esta es una cara de la cuestión. Pero hay otra. En orden a tener la posibilidad de ocupar Polonia a través de una alianza militar con Hitler, el Kremlin durante mucho tiempo estafó y sigue estafando a las masas en la URSS y en el mundo entero, y con ello ha desorganizado por completo las filas de su propia Internacional Comunista⁸. El criterio político prioritario para nosotros no es la transformación de las relaciones de propiedad en esta o aquella área, por muy importantes que sean por sí mismas, sino el cambio en la conciencia y organización del proletariado mundial, la elevación de su capacidad de defensa de las conquistas ganadas y de consecución de otras nuevas. Desde este único y decisivo punto de vista, la política de Moscú, tomada en su conjunto, conserva completamente su carácter reaccionario y es el obstáculo clave en el camino a la revolución mundial.

Nuestra valoración *general* del Kremlin y del Comintern, sin embargo, no cambia el hecho *particular* de que la estatificación de la propiedad, en los territorios ocupados, es en sí misma una medida progresiva. Reconocemos esto abiertamente. Si Hitler mañana lanzase sus ejércitos contra el Este para restaurar la “ley y el orden” en Polonia Oriental, los obreros avanzados defenderían estas nuevas formas de propiedad establecidas por la burocracia bonapartista soviética contra Hitler.

Nosotros no cambiamos nuestra orientación

La estatificación de los medios de producción es como dijimos una medida progresiva. Pero su progresividad es relativa; su peso específico depende de la suma total de todo el resto de factores. Así, debemos constatar primero y principalmente que la extensión del territorio dominado por la autocracia burocrática y el parasitismo, encubierto por las medidas socialistas, puede aumentar el prestigio del Kremlin, engendrar ilusiones sobre la posibilidad de reemplazar la revolución proletaria por maniobras burocráticas, y todo eso. Este daño sobrepasa de lejos el contenido progresivo de las reformas estalinistas en Polonia. Para que la propiedad nacionalizada en las áreas ocupadas, así como en la URSS, sea base para el genuino progreso, es decir, para el desarrollo socialista, es necesario derrocar a la burocracia de Moscú. Nuestro programa conserva, consecuentemente, toda su validez. Los acontecimientos no nos sorprendieron. Sólo es necesario interpretarlos correctamente. Es necesario entender claramente que en el carácter de la URSS y en su posición internacional se contienen contradicciones

⁸ Ver *La Internacional Comunista (Stalin, el gran organizador de derrotas)*, OELT-EIS.

agudas. Es imposible librarse de estas contradicciones con la ayuda de juegos de mano terminológicos (“estado obrero” - “no estado obrero”). Debemos tomar los hechos tal como son. Debemos trazar nuestra política tomando como punto de partida las reales relaciones y contradicciones.

No confiamos al Kremlin ninguna misión histórica. Estuvimos y seguimos estando contra ocupaciones de nuevos territorios por el Kremlin. Estamos por la independencia de la Ucrania soviética, y si los bielorrusos quieren, también de la Bielorrusia Soviética. Al mismo tiempo, en las partes de Polonia ocupadas por el Ejército Rojo, los partidarios de la Cuarta Internacional deben jugar el papel decisivo en la expropiación de los terratenientes y capitalistas, en el reparto de la tierra entre los campesinos, la creación de sóviets y comités obreros, etc. Mientras hacen esto deben conservar su independencia política, deben luchar durante las elecciones a los sóviets y comités de fábrica por la total independencia de éstos de la burocracia, y deben realizar propaganda revolucionaria en el espíritu de desconfianza hacia el Kremlin y sus agencias locales.

Pero supongamos que Hitler apunta sus cañones contra el Este e invade los territorios ocupados por el Ejército Rojo. Bajo estas condiciones, los partidarios de la Cuarta Internacional, sin cambiar de ninguna manera su actitud hacia la oligarquía del Kremlin, plantearán, como tarea más urgente del momento, la resistencia militar contra Hitler. Los obreros dirán: “No podemos ceder a Hitler el derrocamiento de Stalin; es nuestra *propia tarea*”. Durante la lucha militar contra Hitler, los obreros revolucionarios deben esforzarse por entrar en relaciones lo más fraternales posible con los luchadores de base del Ejército Rojo. Mientras, con las armas en la mano, asestan golpes contra Hitler, los bolcheviques-leninistas deberán, al mismo tiempo, hacer propaganda revolucionaria contra Stalin preparando su derrocamiento para la próxima y, tal vez, muy cercana etapa.

Este tipo de “defensa de la URSS” naturalmente diferirá, como el cielo de la tierra, de la defensa oficial que ahora es llevada a cabo bajo el lema: “¡Por la patria! ¡Por Stalin!”. Nuestra defensa de la URSS se plantea bajo el lema: “¡Por el Socialismo! ¡Por la Revolución Mundial! ¡Contra Stalin!”. Para que estas dos variantes de “defensa de la URSS”, no se confundan en la conciencia de las masas es necesario conocer claramente y precisamente cómo formular consignas que correspondan a la situación concreta. Pero por encima de todo es necesario establecer claramente *qué* estamos defendiendo, *cómo* lo estamos defendiendo, contra *quién* lo estamos defendiendo. Nuestras consignas crearán confusión entre las masas sólo si nosotros no tenemos una concepción clara de nuestras tareas.

Conclusiones

Sea lo que fuere no tenemos razones ahora para cambiar nuestra posición principista en relación a la URSS.

La guerra acelera los distintos procesos políticos. Puede ser que acelere el proceso de regeneración revolucionaria de la URSS. Pero también puede ser que acelere el proceso de degeneración final. Por esta razón es indispensable que sigamos pacientemente y sin prejuicios estas modificaciones que la guerra introduce en la vida interna de la URSS, de forma que nos podamos darnos cuenta a tiempo de ellas.

Nuestras tareas en los territorios ocupados siguen siendo básicamente las mismas que en la misma URSS; pero en la medida en que están planteadas de forma extremadamente aguda por los acontecimientos, ello nos permite mucho mejor el clarificar nuestras tareas generales en relación a la URSS.

Debemos formular nuestras consignas de tal forma que los obreros vean claramente qué es lo que exactamente estamos defendiendo en la URS (propiedad estatal y economía planificada, y contra quiénes estamos llevando una lucha implacable (la burocracia parasitaria y su Comintern). No debemos perder ni un solo momento de vista el hecho de que la cuestión del derrocamiento de la burocracia soviética está subordinada para nosotros a la cuestión de la preservación de la propiedad estatal de los medios de producción en la URSS; que la cuestión del mantenimiento de la propiedad estatal en los medios de producción en la URSS está subordinada para nosotros a la cuestión de la revolución proletaria mundial.

Coyoacán, 25 de septiembre de 1939

[Edicions Internacionals Sedov](#)
[Trotsky inédito en internet y en castellano](#)

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es